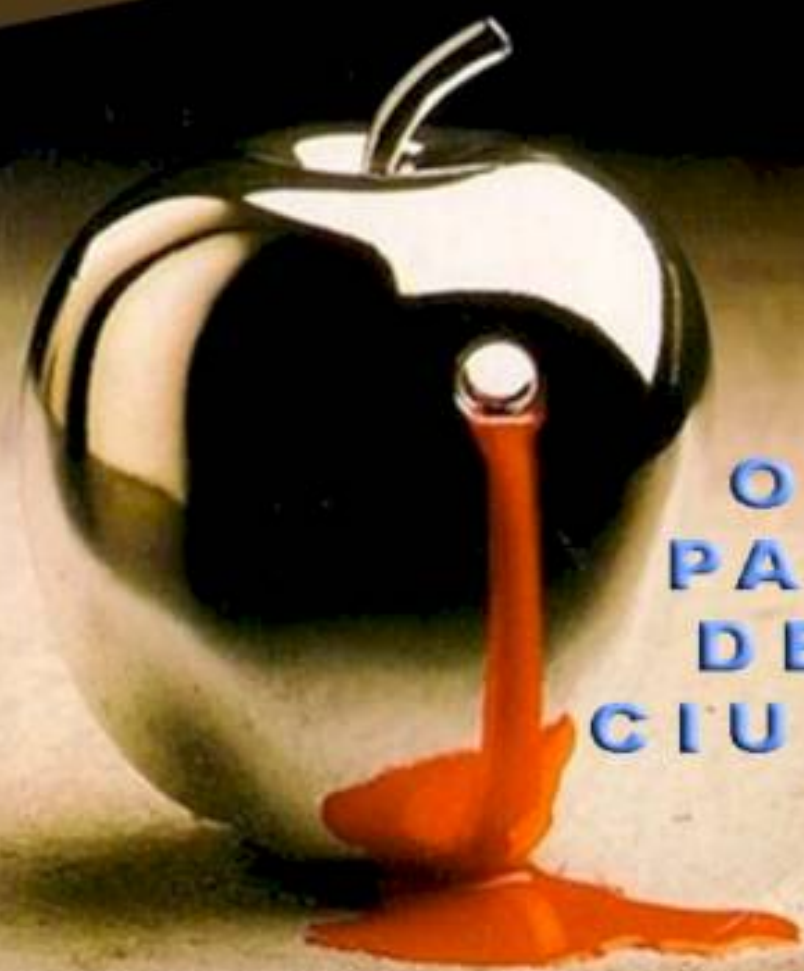


**Ed
McBain**



**EN
OTRA
PARTE
DE LA
CIUDAD**

Cuando el afable propietario de un restaurante con manteles a cuadros en Little Italy es abatido por las balas de un par de matones con pasamontañas, el detective de la 5.^a comisaría Reardon tiene las manos demasiado ocupadas para que le importen una mierda las cosas raras que suceden en la parte alta de la ciudad. Por ejemplo, ¿por qué un célebre amante del arte de Madison Avenue de repente decide vender toda su colección en un esfuerzo por recaudar un millón de dólares? ¿Y por qué fue asesinado un conocido magnate del petróleo árabe?

Casi demasiado tarde, Reardon ve la conexión entre la muerte de un multimillonario y un pequeño restaurador y las fluctuaciones en los mercados internacionales de petróleo crudo, bellas artes y metales preciosos. Y ahora que sabe la verdad, cuánto tiempo le queda de vida?

ED McBAIN SEGÚN JUAN SASTURAIN

Desde arriba de la viga

En el capítulo quinto de Cop hater –literal: «El que odia a la poli», traducida por Ediciones B simplemente por Odio–, primera novela firmada por Salvatore Lombino con el seudónimo Ed McBain y puntada inicial de la saga del Distrito 87, el agente Foster cuenta un cuento. Llegado el mediodía, un hombre que trabaja en la construcción sobre una viga maestra, a unos sesenta pisos de la calle, se sienta a almorzar sus sandwiches: saca el primero y al ver que es de mantequilla de cacahuete lo arroja al vacío con un gesto de fastidio; intenta con el segundo y sucede lo mismo; el tercero es de jamón y lo come con gusto, pero el cuarto nuevamente es de mantequilla de cacahuete y lo arroja también enojado. Un compañero, que lo ha estado observando, le dice: «¿Cuánto hace que estás casado?». El de los sandwiches responde: «Diez años». «¿Y tu mujer no sabe todavía qué tipo de sandwiches te gustan?» pregunta, burlón, el primero. «Oye, hijo de puta –dice el otro– no metas a mi esposa en esto. Estos malditos sandwiches me los preparo yo mismo...».

El cuento del agente Foster produce reacciones dispares en el auditorio de sus compañeros de comisaría. Steve Carella estalla en carcajadas; su compañero Bush no soporta ese tipo de humor: «Que después de diez años de casados la mujer no sepa qué le gusta a su marido no es un chiste; es una tragedia», objeta. Se lo aclaran: «Pero se

los preparaba él». «Entonces es un chiste de psicópatas... Y no me gustan los chistes de psicópatas», se obstina Bush, alterado.

Esta broma inserta tiene valor indicial, prefigura la tragedia que involucra a Bush: es la próxima víctima del «cop hater» y su esposa Alice no será ajena a las motivaciones de ese crimen. Se inaugura también un procedimiento narrativo al que el diestro McBain será particularmente afecto desde esa novela, la primera del ciclo, en 1936.

Pero más allá del rasgo estilístico, de la modalidad original, me gusta mucho la idea de encontrar otro tipo de correspondencias que nos lleven fuera de McBain y del precinto 87, pero sin salir del campo de la novela negra, del policíaco en general, del género laxo al que un autor novel pero ya experimentado se incorporaba con su propuesta novedosa: convertir a todo un cuerpo colectivo —la dotación de una comisaría o precinto— en protagonista de sus historias.

Y el correlato se establece nada más ni nada menos que con *El halcón maltés*, el clásico de Hammett de 1930. Allí también, Sam Spade le cuenta a la joven Brigid —para «matar el tiempo», sin motivo aparente— una historia en que las vigas de la construcción tienen mucho que ver; también el matrimonio, y las conductas humanas. Es el conocido relato del señor Flitcraft que, un mediodía, camino de su productivo trabajo, descubre que la vida no es nada segura ni ordenada sino fruto y objeto del azar: una viga que cae de un edificio en construcción se clava a centímetros de sus pies. No lo mató, pero podría haberlo hecho. Ve en ello algo revelador y actúa en consecuencia: deja todo, abandona mujer, hijos, bienestar, y decide vivir a la aventura, sin planes. Desaparece de Seattle, deambula unos años y termina radicado en Spokane, donde finalmente se casa, hace negocios, tiene hijos, vuelve a construir una vida no demasiado diferente de la anterior... «No creo que haya comprendido siquiera que había vuelto a

atarse al mismo mecanismo...» reflexiona Spade –y Hammett con él–. «Pero ésta es la parte del asunto que siempre me gustó más. Se adaptó al hecho de que las vigas caían y, cuando dejaron de caer, se adaptó al hecho de que ya no cayeran», concluye.

Pienso en las coincidencias: las vigas, las parejas, las conductas; pero además están los protagonistas-receptores-productores del relato; y el contexto en que se lo despliega ante el lector. Por partes, entonces: en la novela de McBain, Carella y Bush son compañeros, Alice –mujer de Bush– es una ambigua seductora que Carella desea y reprime por lealtad al amigo –¿al cuerpo (policial)?– hasta que Bush muere y la seductora muestra su real condición. En la novela de Hammett, Spade y Archer son socios en una agencia de investigaciones privadas. Archer es asesinado y desencadena la historia con agravantes: Iva, su mujer, es amante de Spade. La resolución final no implicará a Iva en el crimen; tampoco a Spade: ha sido Brigid...

El relato incluido en El halcón maltés es algo más que un indicio, un guiño al lector, cierto anticipo en clave respecto de la trama. La moraleja –si es que la hay– remite a la esencial ambigüedad de la conducta humana y sus motivaciones, la fragilidad de las convicciones y los sentimientos, el tembladeral de lo que llamamos certezas: toda la narrativa de Hammett está escrita precisamente desde la acera, desde el lugar donde pueden llover –o no– las vigas, sean conscientes –o no– los protagonistas. Y ése es su violento y conmovedor efecto.

Es evidente que con Ed McBain estamos, seguramente –porque creo que el paralelo establecido no es casual ni gratuito, aunque no sea intencional en el autor–, en otro universo de valores, otra mirada, para la que las vigas no caen, pues el que mira está encima de la viga. Desde allí se puede describir el desorden, la psicosis, la estupidez, la maldad, pero esa visión aérea, totalizadora, instaurará un

sentido, repartirá culpas y méritos, pondrá las cosas en un lugar: el Lugar del Orden.

Si en Hammett todo equilibrio es inestable, descompensado –piénsese en ese piloto de tormentas del caos que es el gordo de la Continental–, en la saga de McBain hay una estructura previa, una forma –que es literaria, que es social, que es descriptible en términos ético-morales– anterior y sobreviviente a cualquier avatar o suceso, siempre contingente.

La magia de la narrativa de McBain, el placer que brinda en dosis seguras y efectivas, está íntimamente ligado a esta cualidad, a este rasgo persistente. El re-conocimiento de situaciones, las variaciones sobre un módulo. La evolución controlada de los caracteres es parte fundamental de su encanto.

Después de más de treinta años y de cuarenta novelas, puede aventurarse que este universo de personajes y conflictos es el resultado del diestro despliegue de elementos presentes en el inició. Ya en Odio aparecen algunos componentes totalizadores que darán de ahí en más el carácter y la identidad a la serie (porque de una serie se trata). En primer lugar, el ámbito, la ciudad, esa transposición puntual de Nueva York que admite las prolijas correspondencias: Isola (Manhattan, el barrio donde está el Distrito 87), Riverhead (Bronx); Majesta (Queens); Calm's Point (Brooklyn); Bethtown (State Island) y hasta los ríos que la circundan: Harb (Hudson) y Dix (East River). Según George Dove, basta girar el mapa de Nueva York hacia la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, y colocar el norte en el este y así sucesivamente, para tener el plano exacto de la metrópolis creada por McBain...

Bien: de esa ciudad, el precinto es un muestreo preciso, con barriadas pobres y ricas, grupos étnicos y culturales disímiles; la parte es imagen del todo. Del mismo modo, el equipo humano del cuerpo policial representa la comunidad que lo contiene y lo origina, en una cuidada se-

lección de personajes de distinto origen racial, social y religioso. De ese modo, la Policía –el italiano Carella, el negro Brown, el judío Meyer-Meyer, el sádico Parker, el estúpido Genere, el novato Bert Kling, que simboliza, en su evolución y avatares, las alternativas del cuerpo– se define como parte contenida en un todo al que representa pero del que se diferencia, no en origen sino en elección, en actitud. Esa actitud es, en McBain, una postura masculina. Y la afirmación merece un párrafo.

No son casuales los símiles que utiliza, identificando a la ciudad –desde el comienzo– con una mujer. El concepto no es nuevo tampoco. Esa mujer admite diferentes registros, sistemáticamente desarrollados, con rasgos muy gruesos y definitivos, en las tres que aparecen en la novela inicial: Alice es el peligro, la seducción, el engaño, la corrupción, el Mal; May, esposa de otro policía asesinado, es la Esposa –así, con mayúscula– como encarnación del compañerismo y la solidaridad, la confianza y el respeto; la tercera es Teddy, la elegida por Carella para casarse en el final de Odio, ciega y desvalida, encarna la desprotección, la tierna debilidad. En síntesis, en este esquema, el Policía es a la Ciudad, lo que el Hombre a la Mujer; actúa ante ella según manifiesta su rostro y ambigua condición...

Callejeros, humanizados por los sentimientos y las debilidades menores, los policías de McBain no dejan por eso de representar la Ley –incluso cuando la transgreden– ni de ejercer la racionalidad de la ciencia, el imperio último del buen sentido y la razón. El contrapunto entre el minucioso despliegue de los procedimientos y métodos policiales descritos novela a novela y el fuerte componente casual o fortuito que interviene en la mayoría de las investigaciones es uno de los elementos «realistas» mas logrados de la serie. Antes burócratas sensibilizados que superdotados justicieros, Carella y los suyos tratan de demostrarnos que el buen sentido y los huevos bien puestos suelen alcanzar para llevar una vida que les permita mirarse a los ojos en el

espejo cada mañana pese a ser policías en una ciudad equivalente a Nueva York.

El mérito de convencernos de eso –con recursos genuinos de narrador ameno y muchas veces brillante– es todo de Salvatore Lombino, Richard Mastern, Ezra Hannon, Curt Canon y –sobre todo– de Ed McBain. Lleva más de cuarenta años haciéndolo, desde aquellos años cincuenta del maccartismo, la Guerra Fría y las presidencias republicanas de Eisenhower...

Ha hecho bien su trabajo. La institución y –a veces– la literatura policial de esta parte del siglo, agradecidas.

JUAN SASTURAIN

1

Esta noche va a ser fría, pensó Sadie.

No sabía la fecha exacta, ya no se fijaba en esas cosas, pero sabía que era diciembre y que la Navidad debía de estar acercándose por todos los adornos festivos que veía en los escaparates y a lo largo de la calle.

También ponían el mismo tipo de adornos en otoño: luces de colores colgantes en arcos metálicos que cruzaban las calles de un edificio a otro. Era cuando celebraban alguna fiesta italiana, en octubre. Tenía que salir de su portal cuando celebraban esa fiesta, fuera la fiesta que fuese, porque había tenderetes a lo largo de toda la calle, vendían comida y hacían juegos de azar, como sorteos y esas cosas, y allí había gente de toda la ciudad. No era su fiesta, así que no le interesaba mucho, salvo por el hecho de que no podía usar su portal habitual cuando estaban instalados todos los puestos y las calles se hallaban atestadas de gente.

Dejaban los mismos adornos cuando llegaba la época de Navidad, excepto los postes de luz envueltos en guirnaldas de abeto o algo parecido, y las coronas de muérdago que colgaban por todas partes; aun así era casi lo mismo, una fiesta se parecía mucho a la otra. La Navidad tampoco era su fiesta; no, ya no lo era. La Navidad consistía en que uno comprase cosas a la gente y la gente comprase cosas a uno. Sadie ya no tenía a nadie para quien comprar, y nadie que le comprara algo.

El portal que usaba todo el tiempo, invierno y verano, salvo cuando había una fiesta, antes había sido la puerta de entrada de una fábrica de aceite de oliva; oh, eso debió haber sido hace dos, tres años, pero el dueño dejó el

negocio y nadie ocupó la tienda, y ahora estaba toda tapiada, y nadie la usaba, excepto ella.

Volvía al portal todas las noches más o menos a aquella hora, cuando había terminado sus rondas; sus bolsas de compra estaban llenas de restos de comida y cosas para revisar, a ver si valían algo. Solía tomar el metro en el centro antes de que los billetes subieran tanto, y generalmente hacía sus rondas por la calle Canal, pero sin entrar en el Barrio Chino; los chinitos nunca tiraban nada, bastardos baratos. A veces vagabundeaba hasta la calle Centre, donde se encontraban los edificios de los tribunales y todo eso. Uno a veces podía encontrar algunas cosas buenas en los cubos de basura de aquella zona, los abogados tiraban muchas cosas buenas.

Estaba contenta de haber recogido un montón de periódicos hoy, porque la noche iba a ser realmente fría, estaba segura, y de hecho, los periódicos calentaban más que las mantas; especialmente el *New York Times*. Nunca leía los periódicos, le interesaba un comino lo que estaba sucediendo en Nueva York o en cualquier otro lugar, si era por eso. Sólo recogía los periódicos para envolverse más tarde si refrescaba, como iba a ocurrir aquella noche.

Hizo su nido con cuidado, primero apoyaba los cartones arrugados, luego extendía encima los pedazos de trapo, y por último, colocaba a un lado los periódicos, en una pila ordenada, para usarlos más tarde para envolverse. Puso la bolsa de compra más pesada sobre la pila de periódicos, por si soplaban viento; no quería perder lo que iba a usar como envoltura ni que los periódicos volaran por toda la calle. Revolvió la otra bolsa de compras en busca de algo que comer, y luego se acomodó en el portal, las rodillas encogidas contra el pecho, la larga falda de algodón y el abrigo negro apretados entre las piernas. «Esta noche va a ser fría», pensó, y tembló por anticipado. Sus guantes de lana gris tenían los dedos cortados. En la mano derecha sostenía un pedazo de pan viejo que había encontra-

do en un cubo de basura de la calle Lafayette. Se quedó acurrucada en su portal, mordisqueando sin dientes el pan, y observó la calle, las luces, los adornos para una fiesta que ya no celebraba.

«Realmente espero que no nieve», pensó. La nieve era peligrosa. Hacía que se sintiera caliente, pero en realidad una podía morir congelada si quedaba cubierta por la nieve mientras dormía.

Siguió mordisqueando el duro pedazo de pan.

El automóvil llegó avanzando lentamente por la calle. Era un enorme coche pardo que giró hacia el bordillo de la acera, a unos cuatro metros de donde Sadie estaba sentada con la espalda contra la puerta tapiada de la vieja fábrica de aceite de oliva. Ella miró el auto. Mercedes, pensó. Hace años, en Las Vegas, cuando era joven y hermosa, había viajado en un Mercedes convertible y el largo cabello rubio flotaba en el viento del desierto. Este no era un convertible, sino un sedán grande, pardo y brillante, cuya estrella de tres puntas sobresalía del capó. Bello coche, Mercedes, cabello rubio flotando en el viento, la mano de Paul bajo su falda.

Dos hombres salieron del automóvil, uno de cada lado. Un tercer hombre estaba sentado al volante con la cara oscurecida por las sombras.

Las puertas del auto se cerraron de golpe. Los dos hombres que habían salido llevaban pasamontañas que les ocultaban la cara. Saben que va a hacer frío esta noche, pensó Sadie, y los observó mientras mordisqueaba su pan.

Los dos hombres cruzaron la calle en diagonal hacia el restaurante italiano que allí había. Uno de ellos vigilaba constantemente la calle por encima del hombro y movía la cabeza hacia atrás y hacia adelante. En la puerta del restaurante, ambos metieron las manos dentro de sus abrigos.

Sadie vio pistolas.

La mandolina está demasiado fuerte, está tocando demasiado fuerte, pensó Ralph. Siempre toca demasiado fuerte cuando ellos están aquí. Trata de impresionarlos, quizá para que lo inviten a uno de sus grandes casamientos de gánsters y le pidan que toque para ellos. Ojalá no vinieran aquí, pensó. No los necesito.

A las siete de la tarde el restaurante estaba lleno y Ralph se preocupaba por si la fuerte música de la mandolina molestaba a alguno de sus clientes. Pero todos parecían indiferentes al constante retintín proveniente del rincón donde el hijo de Ralph había armado un pequeño árbol de Navidad sobre una mesa cubierta con un mantel blanco. Ralph se encogió de hombros; quizás esa noche todos estuvieran sordos.

Todos excepto los *mafiosi*, que estaban sentados a una mesa en un rincón del salón, frente a la puerta de entrada, con las espaldas contra la pared. Siempre se sentaban donde pudieran ver la puerta de entrada. Uno de los dos matones que estaban con Fortunato chasqueaba los dedos al ritmo de la mandolina. El músico le dirigió una sonrisa de reconocimiento.

Cerca de la puerta de la cocina, uno de los camareros de Ralph sacudía la cabeza al compás de la música, y prestaba más atención al músico que al cliente que trataba de hacerse notar. Ralph fue hasta él de inmediato. En italiano, le dijo:

—Ve a ver qué quieren en la mesa tres.

Luego cruzó el restaurante con paso vivaz, pero antes se detuvo en todas las mesas, preguntó en inglés si todo estaba bien, y, radiante, se acercó a la barra situada justo al lado de la puerta de entrada, donde su hijo estaba ocupado preparando tragos. Su esposa se sentaba frente a la caja, y cerraba una cuenta. Estaba a punto de preguntarle

si no le parecía que la mandolina sonaba demasiado fuerte cuando se abrió la puerta de enfrente.

Dos hombres armados con pistolas se recostaron en el marco de la puerta. La música de la mandolina se desparrramó por la calle. Los hombres llevaban pasamontañas que les tapaban los rostros. Uno de ellos cerró la puerta a sus espaldas. Y, en la caja, la esposa de Ralph susurró: *¡Madonna mia!*

El vestíbulo era pequeño y estrecho y estaba abarrotado. Había abrigo colgados de una percha a la izquierda de la puerta, donde se hallaban los dos hombres pistolas en mano.

El que estaba más cerca del bar dijo:

–Tranquilos, nadie saldrá lastimado.

Hablaba con cierto acento, pero Ralph no pudo identificarlo. ¿Español? No, no sonaba...

–¡No! –exclamó el segundo hombre.

Giró hacia el hijo de Ralph que había puesto la mano debajo del mostrador. Ralph sabía que había una pistola debajo del mostrador.

–¡Arriba las manos! –gritó el hombre, y luego, más fuerte–: ¡Arriba las manos!

Su voz se hizo notar. Hasta ese momento, los clientes del comedor no eran conscientes de lo que estaba sucediendo cerca de la puerta de entrada. Pero la voz del pistolero cortó el murmullo monótono de la conversación amable, el entrechocar de los cubiertos con la vajilla, el tintineo del hielo en los vasos de cócteles. Todo se detuvo. Incluso la mandolina.

El primer hombre se acercó al comedor con la pistola extendida.

–Quédense todos donde están –dijo–. Nada de ruido.

El mismo acento peculiar otra vez. No era español sino otra cosa, algo que Ralph aún no podía identificar. El segundo hombre se alejó del bar, donde el hijo de Ralph es-

taba ahora con las manos sobre la cabeza, apoyado contra el espejo y las botellas de whisky.

Hubo un momento de titubeo, de aparente incertidumbre. Al fondo del restaurante, los tres hombres que estaban sentados en la mesa del rincón con las espaldas contra la pared observaban en silencio. Uno de ellos metió la mano dentro de su chaqueta. El hombre de su derecha puso suavemente la mano sobre su brazo y sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

Uno de los pistoleros seguía de pie con la pistola en la mano, en la pequeña arcada que llevaba del comedor a la puerta de entrada. El otro pistolero miró a Ralph y luego a su hijo.

—Tú —espetó—, ¿quién eres? ¿Tu nombre?

—Mark. Mark D'Annunzio.

El hombre se volvió hacia donde estaba Ralph, con las manos sobre la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó.

—Ralph D'Annunzio.

—Ve allí —ordenó, señalando con la pistola.

Ralph se volvió hacia el bar. El pistolero que estaba parado en la arcada se giró precisamente en el mismo momento.

Sadie se sobresaltó cuando oyó los disparos.

Cuatro disparos. Cuatro explosiones rápidas que quebraron la frágil noche.

Parpadeó y miró hacia el restaurante.

La puerta de entrada se abrió de golpe, y los dos hombres con pasamontañas salieron corriendo a la calle y luego cruzaron la calzada hasta el Mercedes, que se hallaba estacionado con el motor en marcha. Sadie oyó un grito en el interior del restaurante.

Las puertas del coche se cerraron de golpe. Ahora se oían voces fuertes dentro del restaurante. El Mercedes se alejó del bordillo de la acera haciendo rechinar los neu-

máticos. La gente salía corriendo del restaurante, gritando.

Sadie recogió sus dos bolsas de compra. Dejó donde estaban su pila de periódicos, sus trapos y su cama de cartón. Ni siquiera miró el restaurante de enfrente mientras salía rápidamente de su portal.

Apenas dio vuelta a la esquina, empezó a correr.

En el Barrio Chino, a menos de dos manzanas del restaurante, Santa Claus salía de una tienda de recuerdos de la calle Mott. En el escaparate de la tienda se exhibían abanicos, figuritas talladas, pequeños adornos de cobre, cuentas, ábacos y un gran cartel de una jovencita china debajo de un sauce. La bolsa de Santa Claus estaba repleta. La llevaba sobre el hombro, y sostenía una campana en la mano izquierda. En el momento en que salió de la tienda empezó a hacer sonar la campana y a cantar. Afuera, la calle resplandecía de neón, y estaba atiborrada de turistas y compradores en aquella noche de lunes, diez días antes de Navidad.

Santa Claus era gordo y de aspecto jovial, vestía el tradicional traje y sombrero rojos, el cinturón y las botas negras, el bigote y la barba blanca. Cantaba alegremente.

—*Jingle bells* —cantaba—, *jingle bells, jingle all the way...*

—Alto ahí, Santa.

La voz venía de atrás, ligeramente a la izquierda de Santa Claus. Se volvió de inmediato y vio a un hombre que sostenía una pistola en la mano derecha. El hombre tendría treinta y siete o treinta y ocho años, y vestía pantalones oscuros de pana, una chaqueta de cuero negro y una gorra marinera de lana. Su cabello era rojo, los ojos azules, y tenía una placa de detective de la policía en la mano izquierda. Santa Claus dio media vuelta para echar a correr y se topó con otro hombre armado.